

la contra

LA VANGUARDIA

JOSÉ MARÍA ALGUERSUARI

“Nadie puede pagar mejor que nosotros”

Aún no he perdonado a mi padre que me pusiera Cristóbal. Nací en Zuera. Tengo 51 años: estoy como nunca. Casado: dos hijos que no se llaman como yo. Creo que un trabajo con sentido y valor da sentido y valor a las vidas de los enfermos mentales. He cambiado las grandes ideas de Marx y Freud por un pequeño hecho: la granja La Fageda



ABRIÓ UNA FÁBRICA DE YOGUR CON ENFERMOS MENTALES

CRISTÓBAL COLÓN

Un pintor se acercó a la Fageda d'en Jordà, el hayedo idílico donde tenemos la granja, a tomar apuntes del natural. Entonces salieron los enfermos mentales a darse un paseíto después del trabajo y rodearon al artista y su caballete...

—¿Se asustó?

—Bueno, se inquietó un poco. Así que yo, al verlo, me acerqué en tono tranquilizador y tendiéndole la mano le dije: “No se preocupe, son buena gente. Yo soy el director del centro, Cristóbal Colón...”

—Pobre pintor, otro susto.

—Puso una cara rara y desapareció en un minuto. Pero yo ya estoy acostumbrado a mi nombre y a las caras raras. Mi padre se empeñó en hacerme la jugada y ponerme Cristóbal, conchabado con el cura. Graciosos...

—¿Y cómo acabó usted de director de...?

—¿De manicomio...? Bueno, lo mío es vocacional. Mi padre murió y yo acabé de aprendizaje de sastre para traer un sueldo a casa. Pero me aburría el oficio, así que entré a trabajar de enfermero en el psiquiátrico de Zaragoza. Allí, con el franquismo en fase terminal y el manicomio convertido en una cárcel deprimente, empezamos a cuestionar el sistema y acabamos represaliados por rojos.

—Algo haría usted...

—Pues crearme algunas consignas marxistas y freudianas que la experiencia me ha obligado a abandonar e ilusionarme poco a poco por conseguir mejorar la vida de los enfermos mentales con el trabajo. Y esa ilusión sigue animándome cada día.

—Pero lo echaron.

—Sí. Me vine a Catalunya, donde los rojos éramos más tolerados, y, mientras trabajaba en el psiquiátrico de Martorell, estudié psicología. Los manicomios entonces eran infernales, el último agujero de la dictadura, cuando estalló la revuelta del sanatorio de Salt y allí me fui yo con un puñado de rebeldes...

—A cambiar el mundo...

—Por lo menos el de los locos. Yo me dediqué a la laborterapia y quería hacer algo concreto, algo que diera resultado claros. Y mientras más se desinflaban mis grandes convicciones ideológicas, más afianzaba mi pequeño propósito de crear una empresa.

—¿Qué pensaba hacer?

—Mis enfermos habían caído en un agujero profundo y habían perdido la autoestima: para los demás eran tontos o locos y se les trataba como tales; en el mejor de los casos con lástima. Yo había comprobado que la única forma de recuperarlos era que volvieran a creer en sí mismos. Y sólo había un medio: el trabajo. Tenía que crear una empresa donde los enfermos trabajaran de verdad.

—¿Y qué hizo entonces?

—De Salt me fui a Olot, me casé allí y decidí que aquel era el mejor lugar del mundo para empezar una aventura así.

—¿Y le echaron una mano?

—En el 82 sufríamos una tremenda crisis económica con unas cifras de inflación y paro de dos dígitos. Los jóvenes mejor preparados iban al paro. ¡Y yo aspiraba a dar empleo digno y remunerado a los locos y los tontos!

—Una empresa digna de su apellido.

—Sí, menos mal que el doctor Torrell se interesó por el proyecto y me apoyó para crearlo fuera de la red hospitalaria. Pedí un crédito de 500.000 pesetas y el Ayuntamiento me cedió un viejo convento carmelita. Allí comenzamos a tallar santos de Olot.

—¿Santos?

—Sí, imágenes religiosas. Empezamos con los “minis”: niñitos Jesús minúsculos hechos con moldes de escayola.

—Bueno, era un trabajo...

—¡No! Yo quería darles un empleo de verdad, no que hicieran como si trabajaban, y aquello era ser mano de obra barata para un tercero. El único sentido del trabajo es un trabajo con sentido y trabajar para otro tiene só-

DESCUBRIENDO

Cristóbal Colón me cuenta su descubrimiento en Olot del sentido de la vida en forma de yogur, entre carcajadas, chistes y maravillosa sencillez. Veo los rostros de psicóticos de la Garrotxa como Juan, Esteban o Manuel, y Cristóbal me explica cómo se iluminan cuando descubren su yogur, el que hacen ellos, La Fageda, en algún supermercado. Este Colón baturro, barbudo y noblote fue refugiado político en la Catalunya de la transición y luego desilusionado superviviente del naufragio del 68, pero ha mantenido a flote sus ilusiones de cambiar el mundo para los demás, aunque fuera sólo un pedacito, aunque fuese sólo en un rincón del hayedo mágico de En Jordà. Las ideologías mueren, pero en la generosidad de Cristóbal vive lo mejor de su generación

lo el sentido de que te pagan y mal: aquel trabajo no era suficiente.

—¿Por qué? Ya los tenía ocupados.

—Los enfermos necesitaban el respeto de la comunidad y los cuerdos respetamos sobre todo el dinero, así que había que conseguir que lo ganaran de verdad para que los enfermos recuperaran el aprecio social.

—¿Qué hicieron para ganar más?

—La crisis también creaba oportunidades, no sólo problemas: con un crédito compramos una granja enorme con su vaquería en funcionamiento en plena maravilla del bosque de Can Jordà por 15 millones de pesetas.

—Buen negocio.

—Ahora vale mucho más de 1.000. Iniciamos un proyecto de jardinería que funciona hoy para ayuntamientos y para regenerar la vegetación en las grandes obras públicas. Así, los enfermos mentales salieron a la calle a trabajar y embellecer sus ciudades.

—Pero para usted aún no era bastante.

—Todavía no: pusimos la lechería en marcha, pero con la leche apenas ganábamos nada. Y encima llegaron las cuotas de la UE. Dimos el salto. Compramos cuotas y nos convertimos en productores de yogur y así dejamos de ser esclavos de alguna gran industria alimentaria como muchos pobres lecheros.

—¿Con enfermos mentales de operarios?

—Ya somos 115 trabajando en La Fageda y ganamos dinero de verdad, no propinas. Si viera el orgullo de los enfermos cuando vuelven con el salario a casa sabría que pagamos mejor que nadie: en autoestima.

—Le creo.

—Ahora forman parte de un proyecto y tienen un sentido, y no hablo de terapias: estamos en primera jugando contra Nestlé y la Danone y les hacemos pupa. Yo les digo a sus directivos que no queremos crecer por crecer como hacen ellos: si no es para servir a la gente, no queremos ganar más.

LLUÍS AMIGUET

■ Compramos edificios

■ Con o sin inquilinos

■ Asesoramos para conseguir la mayor rentabilidad

Soluciones como una casa

■ Más información en el 932 160 019

Pg. de Gràcia 96, 3º 2ª 08008 Barcelona

atics
grupo inmobiliario



El valor del trabajo bien hecho

43666

